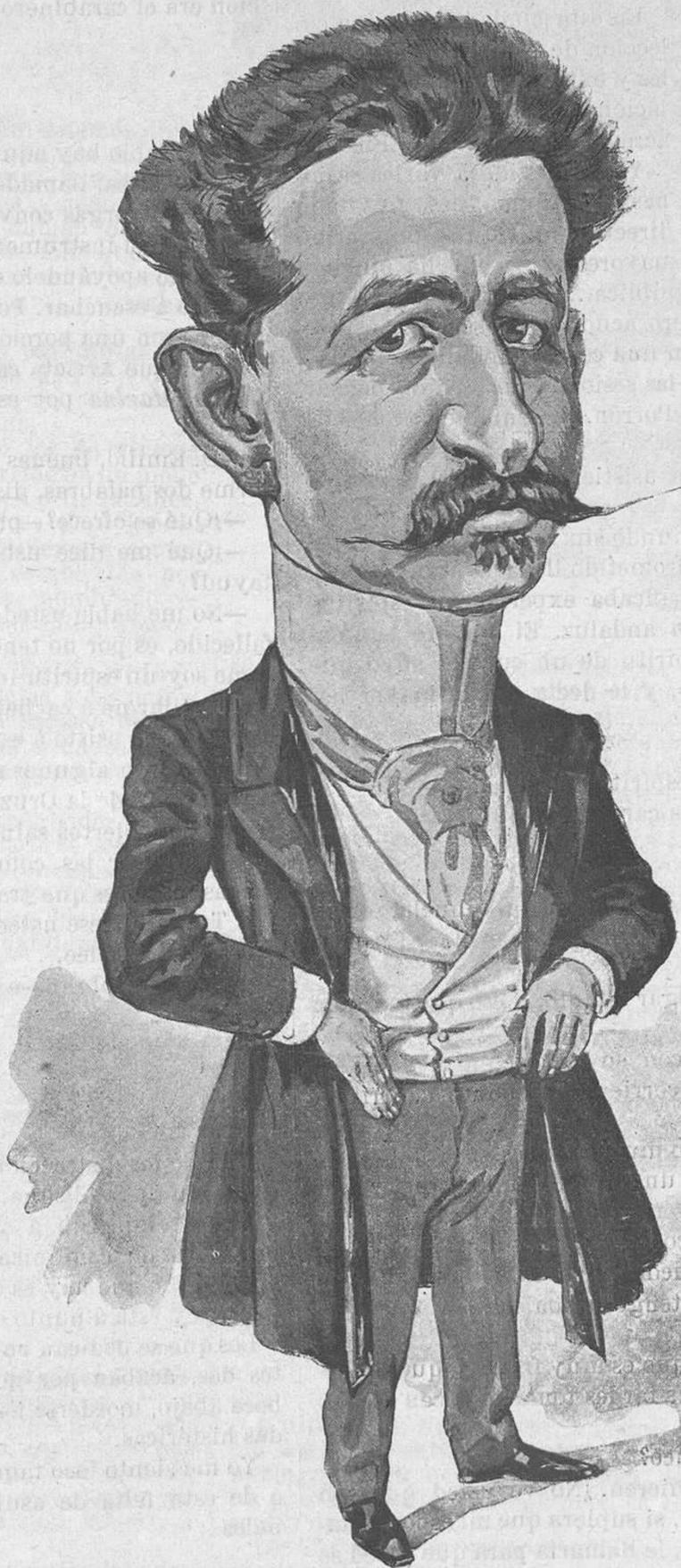


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Jacinto y Octavio Picón.)



—Que soy novelista insigne
y escritor de buena cepa
no necesito decirlo...
¡porque no hay quien no lo sepa!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La brecha de Alemanes, por Ángel R. Chaves.—El terrible sábado, por Juan Pérez Zúñiga.—Obediencia, por Ricardo Monasterio.—¡Me caso en...!, por Alberto Casañal Shakerly.—Ante el Acueducto, por Eduardo Bustillo.—Fantasía taurómaca, por Sinesio Delgado.—Duelos con necios son más, por Leopoldo López Saá.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Jacinto Octavio Picón.—La brecha de Alemanes (tres viñetas).—La rana voraz ó ¿quién es la madre? (doce viñetas), por Cilla.—España cómica: Ávila, por *Mecachis*.



EN FIGUEIRA

En esta ciudad existe una colección de espiritistas nacionales y extranjeros que está en relaciones secretas con los más acreditados centros de Europa.

Yo he asistido á varias sesiones experimentales, invitado

por un individuo de la junta directiva, que quiso obligarme á dejar la religión de nuestros mayores, y ya me ha ofrecido cinco duros por la abjuración pública... Por ahora no me resuelvo á dejar el catolicismo; pero acudo á las sesiones espiritistas porque siempre acaban en una cena abundante.

Desde que soy concurrente á las sesiones, no ceso de pensar en D.^a Ramona, la viuda de Porrón, el teniente coronel de carabineros.

¡Cuánto hubiera gozado ella asistiendo á una reunión de *mediums videntes y cenantes!*

La pobrecilla se fué de este mundo sin ver una sesión experimental, y eso que le habían prometido llevarla á una casa de la calle del Tribulete, donde verificaba experiencias espiritistas todos los sábados un *medium* andaluz. El hombre templaba la vihuela, invocaba el espíritu de un cuñado suyo que había sido *cantaor* de flamenco, y le decía con la mayor naturalidad:

—Juaniyo, ¿estás ahí?

—Aquí estoy —contestaba el espíritu del cuñado.

—¿Quieres que cantemos unas carceleras?

—¡Ole ya!...

—Pues venga de ahí.

Y el *medium* acompañaba al espíritu con la vihuela, entre los aplausos atronadores de la multitud, que no oía al espíritu, pero lo adivinaba.

D.^a Ramona nunca pudo llegar á tanto, y eso que también era *medium*.

Lo más que hacía era hablar con su esposo entre sueños á la hora de la siesta y ponerse al corriente de cuanto ocurría en el otro mundo.

—¿Qué tal?—le preguntaba yo muchas veces.

—Bien. Hoy estuve hablando un ratito con mi Porrón, y dice que está bueno.

—Más vale así. ¿Habla usted con él todos los días?

—Casi todos; en cuanto me quedo dormida ya está Porrón preguntándome cómo sigo y si tengo criada.

—¿Y qué dice de aquello?

—¿Del otro mundo? Pues dice que es muy fresco y que se trata con lo principal. Casi todas las tardes toma café con Nabuconosor.

—¡Ah! ¿Es amigo del Sr. Nabuco?

—Allá todos se conocen y se quieren. ¿No ve usted que son espíritus puros, sin vanidad? Yo, si supiera que mi esposo estaba desocupado en este momento, le llamaría para que usted se convenciese de que el espiritismo existe.

—Llámele usted por si acaso.

Entonces D.^a Ramona se metía por la cabeza una funda de

almohada, para dormirse con más rapidez; reclinaba la cabeza sobre el respaldo del sofá, y decía con acento cariñoso:

—Porrón, Porroncito, ¿estás en disposición de hablar con tu esposa?... ¡Porrón, cielito mío! ¿No me conoces por la voz?

De pronto, el espíritu de Porrón descendía hasta penetrar en el cerebro de su viuda, y ésta exclamaba muy satisfecha:

—Ya está aquí. ¿Qué quiere usted preguntarle?

—Pregúntele usted qué opinión tienen allá arriba de Manini como actor de carácter.

D.^a Ramona hacía la pregunta.

—Dice mi esposo que Manini está bien reputado entre los espíritus puros—contestaba D.^a Ramona.

—Pregúntele usted si conoce á un tal Barbachano, que tuvo zapatería en la calle de la Comadre y se murió de un cólico.

—Dice que sí; que le conoce mucho porque es el que le hace las botas.

D.^a Ramona disfrutaba lo indecible mientras hablaba con su difunto; pero nunca logró comunicarse con otros espíritus de su familia, y eso que se pasaba las noches enteras llamando á todos los parientes. El único que acudía siempre á su evocación era el carabinero.

En cambio hay aquí, en la Sociedad espiritista, un figle del teatro Romea, llamado Semifusa, que ha venido á tomar baños y sostiene largas conversaciones con todos los espíritus, valiéndose del instrumento. Coge el figle, lo coloca perpendicularmente apoyándolo en el suelo, aplica la boquilla al oído y se pone á escuchar. Por este procedimiento ha logrado comunicarse con una porción de difuntos célebres, y él fué quien me dijo que Arrieta está desesperado por lo mal que le cantan la *Marina* por esos pueblos de Dios los zarzueleros de ahora.

—D. Emilio, buenas tardes—le dice el figle.—¿Puede usted oirme dos palabras, dispensando la franqueza?

—¿Qué se ofrece?—pregunta D. Emilio.

—¿Qué me dice usted de la compañía que actúa en Calatayud?

—No me hable usted de ella. Si por algo me alegro de haber fallecido, es por no tener que tratarme con esa gente. Si así como soy un espíritu impalpable tuviera manos, era capaz de bajar y liarme á cachetes con toda la compañía.

Desde que asisto á estas sesiones he podido convencerme de lo que sufren algunos espíritus con lo que sucede aquí abajo.

D. Ramón de la Cruz pasa disgustos horribles cuando ve que aplauden á ciertos saineteros en Maravillas, y Quevedo se desespera al leer las composiciones «intencionadas» de algunos poetas fúnebres que tratan de imitarle.

—Tranquílcese usted—le dice el figle desde abajo.—En España nadie los lee.

—Sí, pero cobran—exclama el espíritu de Quevedo con indignación.

Una de las distracciones más interesantes que ofrece Figueira es, sin duda alguna, la del espiritismo.

Ahora empiezan á acudir las señoras á las sesiones con el propósito de comunicarse con los difuntos de su particular aprecio. Lo que hay es que ya se ha vuelto loco un bañista de Cáceres y está á punto de perder la razón otro de Castuera.

Los que se dedican en cuerpo y alma al espiritismo, como estos dos, acaban por no dormir, aborrecer el cocido, echarse boca abajo, morderse los puños de la camisa y lanzar carcajadas histéricas.

Yo me siento loco también; no sé si á causa del espiritismo ó de esta falta de asuntos para escribir mis crónicas semanales...

Luis Taboada.

★



La brecha de Alemanes.

(EPISODIO DE 1809)

I

« Parecía imposible que nos sostuviéramos aún. Además de la carencia ya casi absoluta de todo aquello, no que nos mantuviera, sino que siquiera pudiera engañar nuestra hambre, las fiebres que los pútridos miasmas de centenares y más centenares de cadáveres amontonados en las calles habían desarrollado de un modo espantoso, hacían que Gerona, más que ciudad de vivos, pudiera tomarse por fantástica mansión de sombras, que no sé merced á qué fuerza sobrenatural y extrahumana se movían de un lado á otro.

Los dos anteriores sitios habían sido tortas y pan pintado, y hasta las penalidades de los primeros meses de aquél podían pasar por tranquilo idilio comparadas con las que, sobre todo desde mediados de Octubre, veníamos sufriendo.

En los refuerzos de hombres, y sobre todo en los de víveres con que en más de una ocasión nos habían socorrido de un modo inconcebible los temerarios arrojos de O'Donnell y de Llauder, no había ya que pensar. Saint-Cyr, apoderándose poco á poco de las poblaciones vecinas, había hecho imposible toda comunicación con la plaza, y por la línea de cerco establecida por Verdier y reforzada por el mariscal Augereau, nombrado recientemente para sustituirle en el mando del ejército sitiador, no pasaba ni una rata.

En cuadro los regimientos de Ultonia y de Borbón, reducidos á las más exiguas proporciones por las balas y las enfermedades los artilleros que servían nuestras ya escasas piezas, sin el denuedo y patriótico desinterés de los extenuados y famélicos gerundenses hubiera sido imposible guarnecer los puestos más comprometidos.

Y éstos eran muchos. Monjuich había caído en poder de los franceses, y antes que él habían tenido que rendirse los fuertes del Calvario y del Condestable. La torre Gironella se sostenía milagrosamente, y en los baluartes de Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal había abierto el enemigo brechas que sólo cubrían ya con sus pechos los denodados habitantes de la ciudad inmortal.

Es más: del mismo arrabal del Carmen se había apoderado, no sin sufrir costosísimas pérdidas, el francés, con lo cual podíamos decir que teníamos ya á los imperiales dentro de casa.

Y, sin embargo, nadie pensaba en capitular.

La titánica entereza de nuestro gobernador, de aquel D. Mariano Alvarez, figura á que para encontrar semejante sería preciso remontarse á los fabulosos tiempos de Homero, era tan contagiosa como la fiebre que emponzoñaba el aire que respirábamos.

Gerona, extenuada por el hambre, consumida por la peste y desmoronada por las bombas que sin descanso convertían en escombros los más recios edificios, no se rendía.

II

Lo que sí había hecho nacer en cada uno de nosotros aquella angustiosa situación era el más brutal de los egoísmos.

El enmohecido troncho de col arrebatado de las manos del que, con los dientes clavados en él, había caído destrozado por un casco de metralla, rompía ó por lo menos aflojaba todo lazo, no ya de amistad, sino hasta del más próximo parentesco, y á diario éramos testigos y actores de escenas de que las fieras mismas hubieran apartado los ojos con horror.

Con tal estado de cosas, excusado parece decir hasta qué punto se habría agriado el carácter de la tía Laureta, la mujer de Jusepet Albaló, el alpagatero de la plaza de las Coles. Ella, que en los días de paz era imposible de aguante, ahora, que, para favorecer las obras de fortificación, había tenido que meter ella misma la piqueta en aquella finca de recreo que á fuerza de economías había comprado en las afueras de la ciudad y que había sido el sueño de toda su vida; ahora, que en un mismo día había visto morir á sus dos hijos, el mayor en la defen-

sa de la muralla y la pequeñuela de la perra enfermedad, no era mujer, era una fiera más temible para el bendito de Jusepet que todos los cacareados ejércitos del Capitán del siglo.

Eso sí, el mal humor no le había dado por afrancesarse. Lejos de ello, aquellos héroes, que héroes éramos todos los que defendíamos la ciudad, le parecían un atajo de cobardes sólo por no haber hecho ya trozos así, del tamaño de la uña, á todos los *porcs*, que era como llamaba á los gabachos, y aunque renegaba de no ser hombre, mal año si había alguno que acudiera más pronto á las brechas ni disparara con más denuedo el fusil de que, como alistada en el batallón de mujeres denominado de Santa Bárbara, se le había hecho entrega.

Todas sus iras, es decir, todas no, pero su mayor parte, las guardaba para su marido, que á pesar de parecer ya un espectro en fuerza de no comer y de no tener hueso sano á puro no perder ocasión de acudir á los sitios de mayor peligro, pasaba á sus ojos por un mandria y un egoísta que no pensaba en otra cosa que en saborear los más exquisitos bocados y en librar el cuerpo de la metralla enemiga.

Y lo raro es que, á fuerza de oír repetir aquella canción, al primero á que había llegado á convencer de que decía más verdad que el Evangelio era á Jusepet.

—¡No sirvo para nada! ¡no sirvo para nada!— se decía á cada paso con la mayor desesperación; y mientras repetía aquella eterna muletilla, sólo á empujones se conseguía apartarle de la trinchera, donde, perdida la noción del tiempo, se pasaba horas y horas haciendo fuego sobre los sitiadores, sin cuidarse siquiera de ocultarse entre los mal unidos pedruscos del parapeto.

III

Á últimos de Noviembre, nuestra angustiosa situación había llegado al extremo de que para los mejor alimentados no había ya ni un mal bocado de pan, debiendo contentarnos con un poco de trigo mal molido en el casco de granada que nos servía de mortero.

Los franceses, comprendiendo nuestro aprieto, estaban reueltos á no prolongar por más tiempo aquel inconcebible bloqueo de cinco meses, y raro era el día en que no atacaban alguno de los puntos que tenían por más débiles.

Cuando le tocó el turno á la brecha de Alemanes, parecía de todo punto imposible que pudiéramos resistir, y, sin embargo, la defensa de aquel día fué uno de los hechos más gloriosos del sitio.

Por tres veces había hecho el enemigo tan denodados como inútiles esfuerzos por trepar por los rebellines, y las tres había

tenido que retroceder, no sin sufrir considerables bajas. Esto no obstante, á la cuarta intentona un incidente estuvo á punto de dar al traste con los sacrificios realizados hasta allí.

La palanca más poderosa de nuestra defensa, en lo que parecíamos confiarlo todo, era una pieza de 16 que, colocada precisamente en la parte más desmantelada, conseguía, aunque no sin esfuerzo, tener á raya á los sitiadores, barriendo á los primeros que osaban dar la escalada al muro.

No sé ya cuántas veces los fuegos enemigos, dirigidos con preferencia hacia tal sitio, habían obligado á reponer los improvisados artilleros que servían la pieza; pero, por suerte, no habían conseguido desmontarla.

Esto último, por desdicha, no tardó en suceder. Unas cuantas balas rasas mejor dirigidas que las otras bastaron para sacar de su alvéolo las piedras en que se asentaba el cañón, y éste, falto de todo sustento, precisamente en el momento de ir á aplicársele la mecha, rodó á la parte de afuera de la muralla, quedando por un milagro de equilibrio suspendido entre unos pedruscos.

Los franceses abrieron instintivamente sus compactas masas para no verse aplastados por la mole; pero los nuestros, en vez de aprovechar aquel momento de estupor, poseídos de un pánico que tenía algo de supersticioso, á pesar de la presencia de nuestro temido gobernador, que, ya atacado por las fiebres, se había hecho conducir al sitio del combate para alentarnos con su ejemplo y guiarnos con su dirección, se pronunciaron en la más descompuesta de las retiradas.

Esta vez, contra su costumbre, Jusepet Albaló, el alpargatero de la plaza de las Coles, no fué el último en abandonar el sitio del peligro, y sin escuchar más voz que la del espíritu de conservación, y no las del indomable D. Mariano, que nos quería hacer volver á nuestros puestos, se dió á huir presa de tal espanto que indudablemente en pocos momentos hubiera estado al otro extremo de la población si algo no le hubiera detenido, haciéndole de pronto quedar inmóvil y como clavado al suelo.

Por todo refuerzo para los sitiados desemboscaba de uno de los callejones un pelotón de mujeres y chiquillos, á cuya cabeza marchaba la tía Laureta, empuñando un enorme fusilote para el que no tenía ya ni un mal cartucho.



Albaló, al darse de manos á boca con la desabrida figura de su mujer, no supo lo que le pasaba y, como ya dije, se quedó un punto inmóvil; pero luego, como si aquella aparición le diera más miedo que todas las balas francesas, volvió á correr, todavía con mayor ansia, pero esta vez en dirección contraria. Sus pasos se dirigieron á la brecha.

Una vez en ella, se bajó para apoderarse del botafuego que, todavía encendido, yacía en tierra, y, deslizándose como un gato por los mal sostenidos pedruscos, le aplicó al oído de la pieza de á 16.

Ya era tiempo. El disparo pudo hacer poco efecto en los franceses que escalaban el muro; pero la pesada máquina de guerra, al recular, arrastrando en su caída una gran parte del lienzo del bastión, sirvió no sólo para aplastar á los más osados, sino para producir la dispersión á los demás.

El único que no rodó al abismo fué Jusepet, que en la sacudida fué lanzado á la parte de adentro de la muralla.

Pero era lo mismo. Cuando los nuestros, un tanto repuestos, reforzaban con otra pieza el abandonado sitio, hubo que apartar el inanimado cuerpo del alpargatero, acribillado á balazos.



Nuestro gobernador, aquel D. Mariano Álvarez, que encontraba naturales los más inconcebibles heroísmos, se quedó un punto contemplando aquellos despojos, y no pudo menos de exclamar:

—¡Era un valiente!

Pero como si aquellas palabras despertaran por un momento del sueño eterno al desdichado Albaló, éste abrió los ojos para balbucear con desaliento:

— ¡No! ¡no!

Y dejó caer pesadamente la cabeza sobre las piedras para no volverla á alzar.

Sin embargo de aquella protesta, á él se debió que, á lo menos por aquel día, no pudieran los franceses apoderarse de la brecha de Alemanes.

Angel R. Chaves.

EL TERRIBLE SÁBADO!

No es raro lo que me pasa; mas para mí es un tormento ver, cuando llega el momento, cómo me ponen la casa.

Dos sillas del comedor sobre un armario de pino, y ocho botellas de vino debajo del tocador.

Volcada la salvadera y puesta la escribanía en el sitio en que debía ponerse la escupidera.

Los papeles de interés en completa confusión; sobre el piano un biberón, sobre el catre dos quinqués.

Mi pluma (que es el deleite de algún tonto) entre la ropa, y mi sombrero de copa en la zafra del aceite.

Piezas de música bella tiradas bajo el sofá con mis títulos y la cartilla de la doncella.

Los cazos colgados de la percha de la antesala, y las botas en la sala sobre un tarro de café.

Mis ropas en el fogón, mis libros en el vasar, y todo, para acabar, en plena revolución.

Las ventanas muy abiertas, mucho ruido de portazos y á porrillo los porrazos en los muebles y en las puertas.

Mucho polvo que se muda de esta silla á la de enfrente. Un gato que está *impaciente* y una manchega que suda y que, hecha un puro guñapo, restriega cacharros, sillas y mesas con las rodillas (se entiende, con las de trapo).

Las cortinas levantadas, los colchones esparcidos, los ratones *comprimidos* y las chinches asustadas.

Y en su apogeo mayor la escoba de vuelo bajo, el plumero, el estropajo, los zorros y el cogedor.

Al más templado le ofusca tarea tan espantosa: ni queda cosa con cosa, ni hay quien halle lo que busca.

Lector, ¿te parece bien que á causa de la limpieza ande todo de cabeza y esté todo hecho un belén?

Pues así, caro lector, está el sábado mi hogar. ¡Te juro que el despertar del sábado es un horror!

¿En toda la especie humana habría quien subsistiera si sólo se compusiera de sábados la semana?

Á mí no me cabe duda; yo en sábado moriré... y excuso decir de qué: ¡de *limpiecitis* aguda!

Juan Pérez Zúñiga.

Obediencia.

Es el señor don Vicente Sánchez de Quirós y Guerra el hombre más obediente de la tierra. Si un mandato se le indica, su sumisión es tan grande que, mándele quien le mande, no replica. Para Quirós un mandato, ya sea escrito ó verbal, tiene fuerza de un contrato, notarial. Y esto le suele causar molestias que causan risa: una noche iba á cenar muy de prisa, vió un portal de un zapatero é inmóvil se quedó allí, porque leyó en el letrero «¡Alto aquí!» Y allí se paró obediente hasta que oyó á un paseante decirle «¡Con Dios, Vicente!» y al instante observó á uno y otro lado y al fin el pobre Quirós se fué con Rada y Delgado Juan de Dios, á quien Vicente trataba algo superficialmente

y que por allí pasaba casualmente. Tiene por esta mania, ó virtud ó condición, de billetes del tranvía colección. Porque ha leído el pobrete en las letras del impreso *Consérvese este billete,* y hace eso. Donde ve un imperativo ineludible orden mira; así es, que por tal motivo, ni uno tira. Etabló una discusión con un célebre abogado, quien, temiendo una cuestión y cansado de discutir el asunto: le dijo «¡Váyase usted á hacer gárgaras!» y al punto fué... y se fué obediente á tal mandato, comprando antes de ir á casa flor de saúco y clorato de potasa. Que es el señor don Vicente Sánchez de Quirós y Guerra el hombre más obediente de la tierra.

Ricardo Monasterio.

¡Me caso en...!

Ha dado en afirmar más de un tolonio (no sé si para darnos un bromazo) que es un nudo que mata, en vez de un lazo, la santa institución del matrimonio.

Que al casarse dos seres, el demonio se une con ellos en estrecho abrazo y merece tres tiros el pelmazo que va á pedirle novia á San Antonio.

Yo llevaría, si posible fuera igual que á un criminal, ante los jueces, á quien tales sandeces sostuviera é impondría un castigo á esas sandeces. ¡Bendito el matrimonio! ¡Quién pudiera casarse cada mes... cinco ó seis veces!...

Alberto Casañal Shaker.

ANTE EL ACUEDUCTO

Contemplo el Acueducto, orgullo de Segovia, que no sintió del tiempo la mano asoladora. Levántanse sus arcos de indestructible roca, con bloques que hizo el arte escudos de su gloria.

Para que yo le admire disípanse las sombras; sus ojos ilumina la luna melancólica, y allí me habla el coloso, en las calladas horas, del dominante influjo de la soberbia Roma.

De arte y paciencia unidos el monumento es obra; página siempre viva de nuestra antigua historia; fábrica que á los siglos con su firmeza asombra, sin que, al pasar, la gracia de su equilibrio rompan.

Los nobles segovianos con fe las piedras tocan, y de un pilar á veces descansan á la sombra. Nunca el viejo coloso deja un momento á solas denuncia de arquitecto ni voz de alma medrosa.

Que es obra de romanos suele decirse ahora de aquella á que el ingenio tarda en poner corona. Salir puede la frase en tono de chacota si, al ser largo el trabajo, su consistencia es poca.

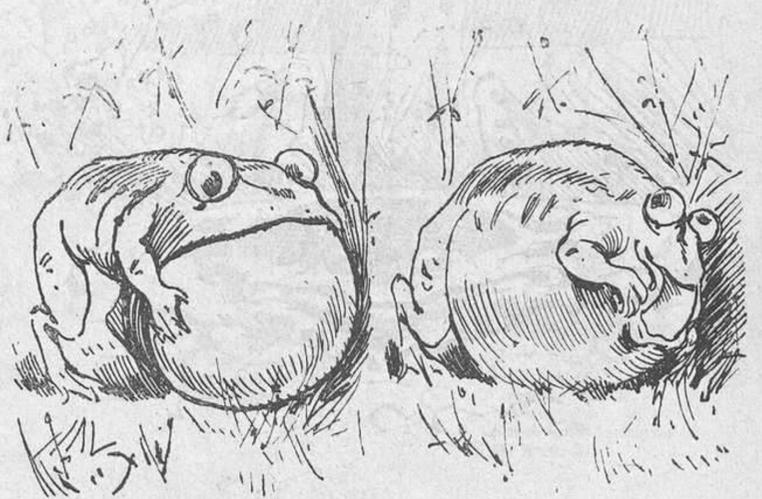
Lo que por siglos vive no se hace en breves horas; no en vano aquel latino nos dijo lo de *ars longa...* y habla con elocuencia sublime y silenciosa el firme y arrogante coloso de Segovia.

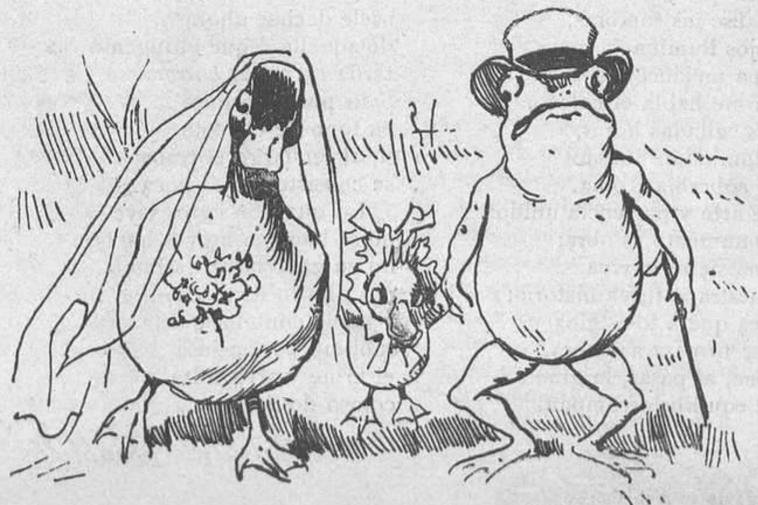
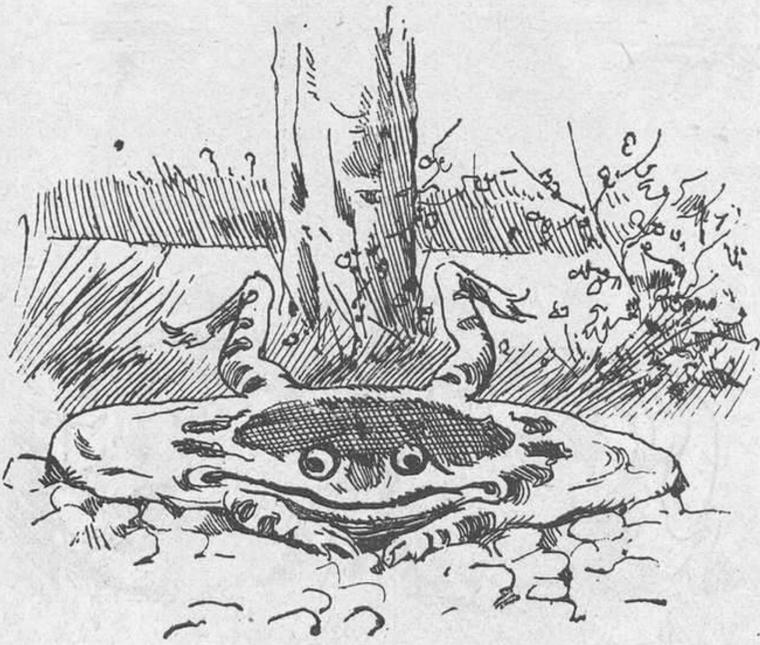
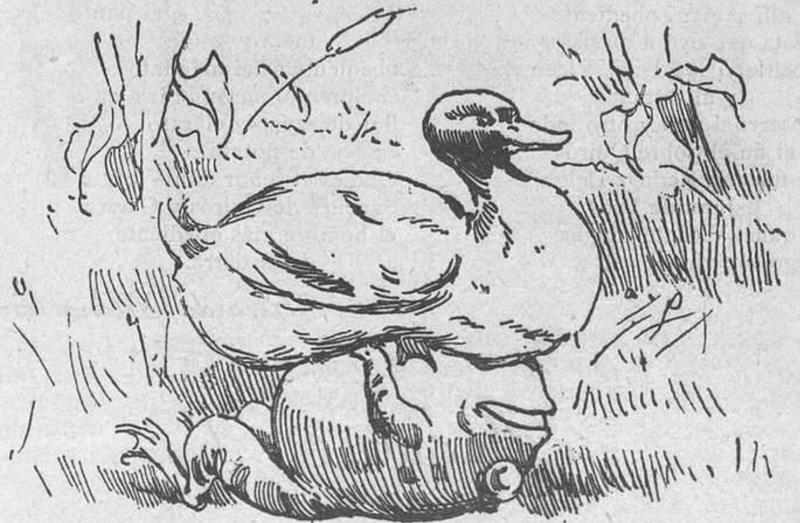
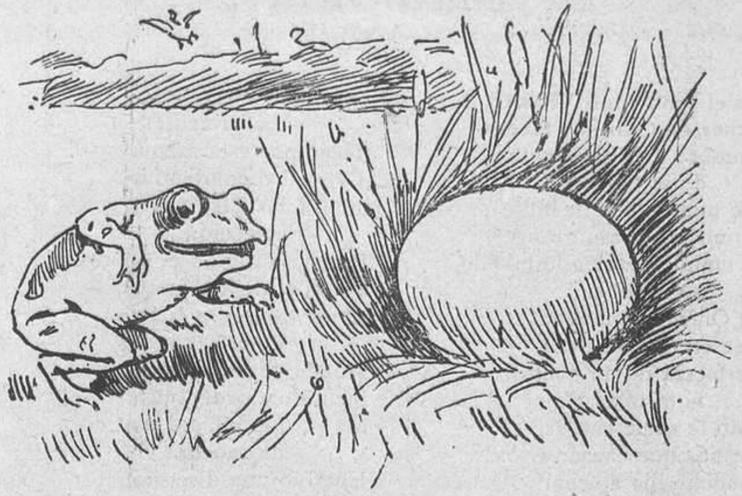
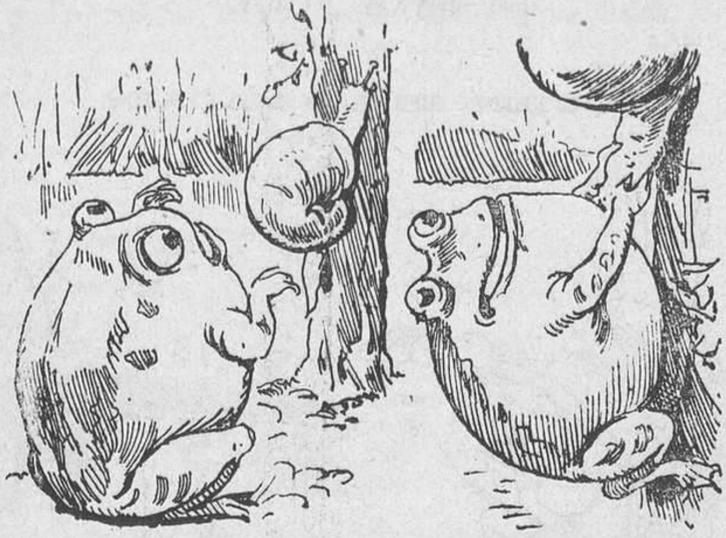
Eduardo Bustillo.

Segovia 26 Agosto 1895.

LA RANA VORAZ

¿QUIÉN ES LA MADRE?





FANTASÍA TAURÓMACA

Querida mía: Cuentan las crónicas
de la afición
que cuando en Francia se respetaba
la ley Grammont
iban espadas de los mejores
á torear,
y en Dax y en Nimes lo hacían todo...
menos matar.
Se permitía marcar las suertes
al matador,
pero ¿hacer sangre? ¿clavar la espada?
¡Jesús, qué horror!
Como era fácil, y las cuadrillas
ganaban más,
le preguntaban al gran Frascuelo:
—¿Por qué no vas?
Y él, escuchando la tentadora
proposición,
siempre decía tranquilamente:
—¡Yo no hago el clown!

Pues bien, morena, perdona el modo
de señalar;
también protesto de tal sistema
de torear,
y aunque me gustas, y aunque te llamo
«mi dulce bien»,
te doy excusas cuando me escribes
diciendo: «Ven».
¡Qué quieres, hija! Yo sé que nunca
te rendirás,
porque te gusta marcar las suertes
y... nada más.
Ojos de fuego, labios de grana,
cuerpo gentil,
mimos, halagos... y el toro vivo
vuelve al toril.
¿Qué vaya dices? Mucho me agrada
la invitación,
pero te digo lo que Frascuelo:
—¡Yo no hago el clown!

Sinesio Delgado.

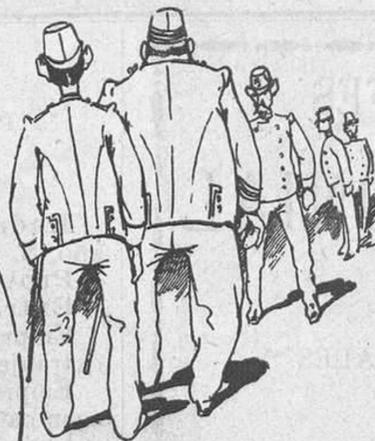
Duelos con necios son más.

¿Conque dice usted, doctor,
que tengo en el alma mía
para el más grave dolor
el antídoto mejor,
mi extraña filosofía?
No, señor;
es que el duelo que sentía
se ha trocado en regocijo.
¿Pues qué, la muerte de un hijo
no ha de causar alegría?
Causa de tal entidad
me tenía trastornado;
pero hoy, al ver mi ansiedad,
los amigos me han probado
que hago una barbaridad.
¡Ya ve usted!
Yo, que con tan buena fe
lloraba en mi desconsuelo,
¡cuán pronto me consolé
sabiendo, por dicha, que
los angelitos al cielo!
Un señor ¡hombre de mundo!
dijo por calmar mi pena:
—¿Llora usted? ¡Error profundo!
¡Si está usted de enhorabuena!...
—¿Sí?—contesté sorprendido
—Hoy le siente usted quizás,
pero... (murmuró á mi oído)
más le hubiera usted sentido
si hubiera vivido más.
Convencido
de tan lógico argüir,
otra persona decente
gritó con voz estridente:
—¡Ahora... á vivir, á vivir!

Y con faz acongojada
me dió la mano otro amigo,
diciendo:—*Nada le digo...*
y es verdad, no dijo nada.
¡Qué bobada!
mejor dicho, ¡qué ironía!
¿Viene otro á darme consuelo?
¡Lo de siempre! Lo sabía.
¿Que me acompaña en mi duelo?
Gracias por la compañía.
¿Otro?... Más gente no cabe...
Es la portera. ¿Á que viene?
Á decirme que Dios sabe
lo que mejor me conviene;
que ella sufrió con exceso,
que tuvo un ángel muy pillo
que estaba al año tan tieso
y murió de garrotillo
de resultas de un divieso;
que la enfermedad no mata
ni llena una sepultura:
que el doctor, cosa segura,
es el que mete la pata;
que ella no pudo llorar,
y que por poco me aflijo
y que debía bailar,
porque, al fin, perder un hijo
es la cosa más vulgar...
En fin, hay que convenir
en que por ahora, doctor,
lo mejor es no sentir.
¡Ninguna calamidad
me hará llorar con testigos!
¡No me dirán los amigos
que hago otra barbaridad!

Leopoldo López de Saá.

ESPAÑA CÓMICA.



La administración militar del Estado.



¿Qué es la mujer, si en el puerto del Guadarrama se pierde? ¡Montón de bayeta verde sobre un espíritu yertol!



A cuatro tojo caro vienen las auras. ¡Cuánto envideo á este mozo por la bufanda!



Fresquita y á dos reales.



Hasta en la sopa.



A dos oosas ha venido á la ciudad: á vender la teta de encius, y á ver crecer las espigas del corazón de Santa Teresa.



Un Alcalde pedáneo de la sierra que es el ser más dichoso de la tierra.



—¿Dende cuándo faltas del Barco?
—Dende antiayer.
—Entonces no sabes las novedades...
—Fus ¡qué ha pasado?
—Naa, si lo digo porque iba yo á preguntár-telas.



Menudencias.

Haces tú con tus amantes
lo que el Gobierno en la guerra:
se van los de guarnición
y echas mano á las reservas.

Aquí reposa un crítico muy malo.
Su oficio le mató. Murió de un *palo*.

Una niña muy guapa
me ha dado un beso.
¿Creeréis que no adelanto
nada con eso?

Tiene don Serafín rotas las botas
y cuando va á salir alquila un coche,
¡por que no vean que las tiene rotas!

No me jures quererme eternamente.
¡Con dos días ó tres es suficiente!

Federico Canalejas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Potrero.—¿Sabe usted freir espárragos? Pues á ello, amigo.
M. B. de V. C.—Tendré mucho gusto en escribir á usted particularmente.

L. Vado.—Yo á cada composición
doy una contestación
y no admito discusion,
porque sacaríamos lo que el negro del sermón.

Sonrisas.—Sí, me suena el título; pero no sé de quién es, ni cuándo y dónde se ha publicado.

El peor de todos.—El peor no; su único defecto es la vulgaridad, ¡y los hay que tienen un carro de ellos!

Petaquilla.—En las seguidillas le han salido á usted algunos versos cojos y otros largos. ¡Qué se le ha de hacer! Además, es de advertir que Vital Aza tiene mucha gracia, pero... no son consonantes.

La Concha.—Un poquito desmayado el romance. Y el asunto, sobre ser triste y serio sin mezcla de humorismo, carece de novedad en absoluto.

Riquitrum.—Efectivamente, sus paisanos tienen razón, porque sabe usted escribir en verso, aunque con asonancias.

Pepito.—¡Si viera usted qué viejo y qué inocente es eso de escribir «Á una ingrata», y plantar debajo un acróstico con el nombre de la *interfecta*!

Pepito.—(Esta semana hay dos Pepitos, pero por la contestación comprenderán los interesados la que les corresponde.) Tiene el defecto grave de no decir nada absolutamente de particular, porque se reduce á contar

que dos novios hablan por la reja hasta el amanecer. Y no puede darse asunto más insignificante.

Un madrileño de pura raza.—Efectivamente, no es de la índole del periódico, pero como soneto y como madrigal... puede pasar. Se hacen y publican por esos mundos muchísimos peores.

El Faenas.—Por lo menos usted *se trae* un sistema nuevo. Como se demuestra con el botón siguiente:

«Que les parece señores
de una vieja el otro día
con ilusion todavía
de ser una buena moza.
A me olvidaba decir
que es una amiga mia
por eso fui el otro día
á cerla yo una visita.»

¡Bravo, bravo! ¡Eso es lo que se llama romper los moldes!

Sr. D. L. V.—Comprenderá usted que en cualquier parte puede publicarse un poema épico menos en el MADRID CÓMICO. Ello mismo lo dice. Aunque bien sabe Dios que ése parece escrito en broma. Porque, entre otras cosas, no se sabe que Morfeo fuera valiente; no se sabe sino que era el dios del sueño.

El cantor de Elisa.—Tampoco esta vez puedo aprovechar nada.

Jalapa.—Tiene gracia, pero la forma es demasiado mediana para lo que se usa generalmente.

Trasto.—¡Anda, salero! ¡un epigrama que hace brotar las fuentes del sentimiento y prorrumpir en abundoso llanto!

Modesto Sinpretensiones.—Pues mire usted, en pago á su modestia voy á copiar inmediatamente parte de lo que usted compuso en *un rato de mortal* insomnio, como usted dice:

«Te vieron mis ojos
¡ay! y te amé;
depón tus enojos
pues te amo con fe
cual tus labios rojos
te ofrezco un clavel...
bésalo, alma mía,
y después... moriré.
.....
¡Y en la tumba fría
de ti me acordaré »

Sr. D. F. V.—La forma está muy descuidada. Excesivamente descuidada.

Fray Lucas.—Yo también me alegraría de que fuese publicable. Pero, desgraciadamente, me gusta poco el romance.

K. D. T.—Ninguna menudencia tiene el *saliente* necesario.

El más poeta de mi pueblo.—Cuyos cantares adolecer de vulgaridad manifiesta.

Sr. D. D. A.—Es inocente en el fondo, y no menos inocente en la forma. Le falta soltura y no le sobra corrección. *Ainda mais* el verso «aquí no canta el ruiseñor»

tiene una sílaba más de las que debe.

Sr. D. J. B. A.—No puedo aprovechar nada.

Un filibustero literario.—Pues mi opinión... es que el madrigal es medianillo.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESFACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º